









LA LECHERA

¡Qué hermosa mañana la de aquel día de domingo! Por el camino que conduce a la aldea iba cantando y saltando la lechera, vestida con sus mejores ropas, sus zapatos rojos y su mandil de colores.

Una brisa suave removía su falda y el sol resplandeciente iluminaba su carita con destellos de picardía e ilusión. Dos largas trenzas rubias se movían sobre la espalda de la muchacha al compás de su danza saltarina.

Llevaba sobre la cabeza un cántaro con la leche recién ordeñada que vendería en el mercado. Ya podía ver las primeras casas del pueblo y el cercano bosquecillo de pinos. Los prados que bordeaban el camino parecían alfombras inmensas estampadas con millares de hermosas flores silvestres.

Todo el paisaje invitaba a soñar. Como tantas otras veces, iba la lechera pensando en el futuro. Su mayor ilusión era ser muy rica algún día, poseer una granja repleta de animales, una casa lujosa, joyas relucientes, costosos ropajes...

–Cuando llegue al mercado –se iba diciendo a sí misma– venderé a buen precio la leche del cántaro. No será difícil, porque es la leche más fresca y mantecosa que se puede imaginar. Seguro que a mí me la pagan mejor que a nadie, porque por algo soy la chica más guapa y mejor vestida de toda la región.

Los pajarillos que la contemplaban trinaban contagiados de la alegría que expresaba el rostro de la lechera.





–Tengo que decidir qué haré con el dinero que consiga con la venta de la leche del cántaro –decía ensimismada la lechera–. Puedo darme algún capricho o... ¡ya sé! Lo mejor será comprar media docena de gallinas, de esas gorditas y con plumas relucientes. Les prepararé un estupendo corral en casa, donde vivirán felices y pondrán montones de huevos que luego incubarán...

Y mientras caminaba hablaba en voz alta aunque sólo los pajarillos podían escucharla:

–Al poco tiempo nacerán los pollitos. Ya los estoy viendo con su pelusilla fina y sedosa, correteando por el patio de mi casa como bolitas de algodón. Tendré que cuidarles con esmero para que se hagan fuertes y grandes. Les daré los mejores granos trigo y yo misma les miigaré las sopitas de pan con leche. Seguro que en pocos meses los tiernos pollitos se convierten en gallos de crestas rojas y afilados espolones...

Ya veía la lechera, en su imaginación, su patio y su corral lleno de pollitos, gallinas y gallos.

–Estos señores gallos tan bien cuidados causarán la admiración del mercado cuando los traiga a vender. Los aldeanos se arremolinarán para contemplarlos, pues nunca habrán visto unos gallos tan hermosos. Se pegarán por comprarlos pero esperaré con paciencia una buena oferta... ¡Ah, no, no me dejaré engañar por cualquiera! –dijo en voz alta muy seria mientras se acercaba a la aldea–: sólo se los venderé a aquél que mejor me los pague. ¡Cuánto dinero ganaré con la venta de estos gallos! Tengo que pensar también en qué haré con estas ganancias...



LA LECHERA III

Pero la preocupación de qué hacer con el dinero se le desvaneció rápidamente:

–¡Tengo una idea! Con el dinero que me den por los gallos –seguía conversando consigo misma– me compraré los mejores lechones. Los sacaré a pastar las bellotas del bosque y les veré engordar hasta que la panza casi les llegue al suelo... ¡Estos cerdos serán la envidia de toda la comarca! ¿Criaré los suficientes para poder vender todos los que me van a pedir?

Y con estas ensoñaciones, ya estaba la lechera con su cántaro a la cabeza llegando a las huertas que rodeaban la aldea.

–Con lo que gane con los cerdos, compraré unos terneros de esos que tienen la piel de dos colores, el morro suave y húmedo y unos ojos grandes y dulces que parecen terciopelo... ¡Ay, qué suerte!, ya estoy viendo mi granja de ternerillos, cada uno con sus cuernitos recién brotados, correteando por los valles...

La lechera sabía muy bien qué es lo que iba a hacer con todos aquellos alegres ternerillos cuya imagen la llenaba de felicidad:

–Con mis cuidados, los terneros crecerán sanos y se convertirán en unas enormes vacas, que criarán más terneros y darán litros y litros de leche. Entonces podré vender poco a poco las crías, pues me será fácil encontrar quien me dé un buen montón de dinero por cada una de ellas...

Le parecía a la muchacha que ya podía sentir las monedas tintineando en los bolsillos de su mandil:

–Voy a ser la muchacha más rica de toda la región!



La lechera apenas podía creer su gran fortuna. Se veía inmensamente rica y poderosa. Dirigiéndose a las florecillas, pues no tenía a quién explicarle sus fantasiosos planes, dijo muy convencida:

–Con el dinero que me proporcionará mi granja de vacas y terneros, podré comprarme una mansión, con balcones y altas torres. Será la casa más lujosa de toda la comarca. Será fabuloso también encargarse a las modistas que me confeccionen unos vestidos propios de una reina. Mis criadas peinarán mis trenzas y me ayudarán a engalanarme con hermosas joyas... Tengo que llegar cuanto antes al mercado.

Y la muchacha echó a correr por el sendero pues tenía prisa en ver cumplidos sus deseos. Pero como iba con los ojos cerrados pensando en sus ensoñaciones, no pudo ver una piedra del camino. Tropezó, perdió el equilibrio y, ¡zas!, el cántaro de leche cayó al suelo haciéndose añicos y toda la leche se derramó.

¡Pobre muchacha! ¡Todas sus ilusiones se habían desvanecido! Con el cántaro roto y la leche derramada... ¡adiós gallinas, adiós pollitos, adiós lechones y terneros! ¿Dónde estaban ahora su mansión, sus vestidos y sus joyas?

La chiquilla no podía dejar de mirar con ojos de profunda tristeza la leche derramada sobre la tierra gris del camino.

A su alrededor, el sol, las flores y los pájaros parecían reírse de la pobre lechera soñadora contemplando el cántaro roto. Tanta había sido su ambición, que en un ratito había construido una mansión en su imaginación. Pero por tanto soñar, lo había perdido todo.